

de los bulevares. No fué tampoco el único que cultivó este género, y entre las manifestaciones más brillantes del mismo tiempo deben citarse, en 1805, *El abate de la espada* y *Fanchón la gaitera*, de BOULLY (1763-1842), y en 1815, *La Urraca ladrona*, de CAIGNEZ (1762-1842).

La zarzuela compartía con el drama el favor del público, que acudía presuroso á oír las ligeras obras de MOREAU, ROCHELLE, ROUGE-MONT, BRAZIER (1783-1838), DÉSAUGIERS (1772-1827), sobre todo las de este último, cuyos cuentos de hadas, titulados *Las pequeñas dainaidas* y *La Gata maravillosa*, alcanzaron respectivamente seiscientas y cuatrocientas representaciones. Aparte de estas obras de espectáculo, Désaugiers, solo ó en colaboración, compuso más de cien piezas cortas, como las tituladas: *El señor Buitre*, *La comida de Madelón*, etc., en las que pudo prodigar el animado verso y la graciosa vena que hacían de él uno de los mejores cancioneros. Pero ya á fines del Imperio, y bajo la generosa protección del mismo Désaugiers, empezaba á darse á conocer el poeta cuya reputación debía eclipsar pronto la de todos los demás cancioneros, incluso su protector.

BÉRANGER (1780-1857) compuso, en 1813, *El rey de Yvetot*. Singular es, por cierto, que este cantor oficial de las glorias imperiales, aquel que más que todos contribuyó á crear y á mantener viva en el espíritu público la leyenda napoleónica, debutase con una sátira contra el régimen político que estaba llamado á glorificar. Este ataque era, sin duda, sumamente disimulado, y en realidad preciso es que fuese tan delicado y tan sutil para que la censura lo dejase pasar, pero las alusiones por medio del contraste no escapan á nadie. No es posible negar que era un soberano muy diferente de Napoleón aquel monarca bonachón,

Qui n'agrandit pas ses états,
Fut un voisin commode (1),

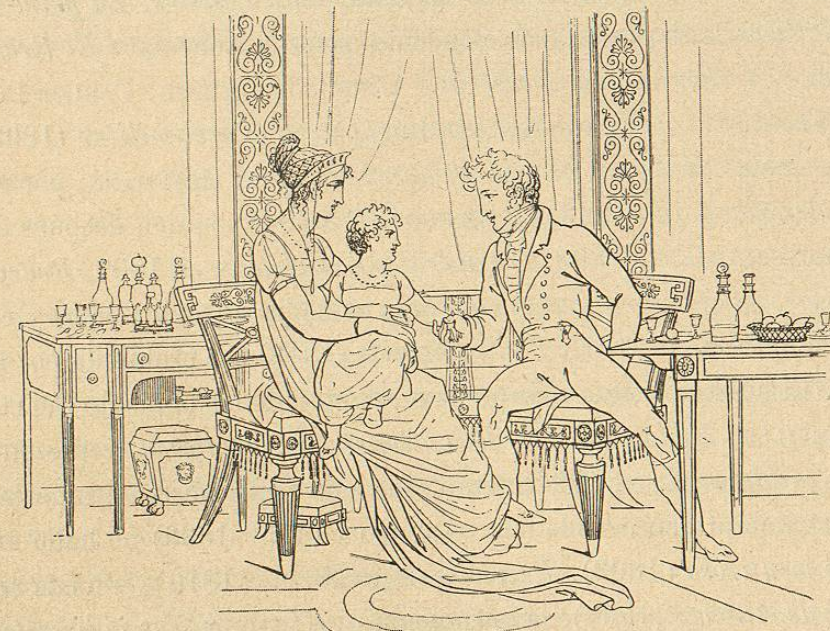
y que hallándose Francia doblegada bajo los impuestos,

Sur chaque muid levait un pot
D'impôt (2).

(1) «Que no engrandeció sus estados, — fué un vecino cómodo.»
(2) «De cada barril sacaba una botella — por impuesto.»

Así se comprende que Luis XVIII, á quien por otra parte gustaban las composiciones ligeras, no fuese muy severo con Béranger, á pesar de sus ataques contra el gobierno de la Restauración, y que respondiese á sus ministros que le incitaban á perseguirle: «Hay que perdonar mucho al autor de *El rey de Yvetot*.» Béranger hubo de contentarse con la gloria de cancionero (1).

Pero esta gloria no satisfacía á Désaugiers, que además de sus zarzuelas quiso abordar el género más noble de la comedia, en el que no fué tan afortunado.



La visita del médico

La comedia de su época, que por lo demás, se había sostenido siempre desde Molière, dejó obras más interesantes y de más vida

(1) Sería un trabajo sumamente curioso estudiar las canciones populares de la época, y principalmente las militares, y seguir paso á paso la transformación de estas ingenuas manifestaciones y pequeñas epopeyas, que á medida que se extienden terminan por convertirse, perdiendo no obstante su sencillez y hasta su sinceridad cuando se las quiere hacer armas de un partido, en verdaderas obras de arte. Fácil es reconocer el origen de *El cabo veterano*, de Béranger, en la *complainta* (querrela):

Là-bas, dans les prés verts,
J'ai tué mon capitaine (*).

(*) «Allá en el verde prado — maté mi capitán.»

que la tragedia. PICARD (1769-1828) presenta una franca y natural alegría, conocimiento de la escena, cierta bonhomía intelectual y un gran talento de observación de las costumbres de la clase media, que hacen se le cuente entre los primeros autores de segundo orden. Nos quedan de él unas ochenta obras de desigual valor, comedias, zarzuelas, óperas cómicas, sobresaliendo entre ellas: *La aldea* (1801), *Los cargantes* (1807), *Los dos Filibertos* (1816). ALEJANDRO DUVAL (1767-1842), tan fecundo como el anterior, fué uno de los creadores del drama y de la comedia histórica con su *Eduardo de Escocia*, *Guillermo el Conquistador*, *El carpintero de Livonia*, *Los Husitas*, *La princesa de los Ursinos*, aunque es más conocido por sus comedias: *El tirano doméstico*, *El caballero de industria*. A su lado figuran: CARLOS DUPATY (1775-1851), hermano del escultor, por su *Cárcel militar* (1803) y su zarzuela *Ninón en casa de Madama Sévigné*; HOFFMANN, por su *Novela de una hora* (1803); ETIENNE (1778-1845), quien después de haber representado, en 1803, *Los maridos de suerte*, y en 1807, *Brueys y Palaprat*, se creció en *Los dos yernos*, comedia en cinco actos y en verso que apareció en 1810. *La intriganta* (1813) fué prohibida por la censura. El público acogía siempre favorablemente las obras de COLLÍN DE HARLEVILLE: *El inconstante*, *El optimista* y *El solterón*, representado por primera vez en 1792; pero desde esta fecha hasta su muerte, 1806, fué siempre en decadencia. ANDRIEUX (1759-1833) no halló en *El nuevo mentiroso* (1803), *El viejo impertinente* (1810), y hasta en *La soirée de Auteuil* (1804), la aceptación que tuvo en *Los indiscretos* (1787). Pero en cambio publicó cuentos, en verso, y epigramas que nunca se olvidarán, pues que si bien presentan el carácter del pueblo francés sólo bajo un aspecto, lo hacen maravillosamente. Populares son su *Molinero confiado*, *Glauco y Sócrates*, *Cecilio y Terencio*, su fábula *El ratón de la ciudad y el ratón del campo*, imitada de Horacio.

Estas composiciones cortas tienen más valor para nosotros que las extensas obras épicas ó descriptivas que únicamente recomiendan á los curiosos los nombres de LUCIO DE LANCIVAL, *Aquiles en Scyra*; ESMÉNARD, *La Navegación*; PARSEVAL DE GRANDMAISON, *Felipe Augusto*, etc. Más dignas de recordar son *Las plantas*, de CASTEL (1758-1832), que obtuvo uno de los premios decenales; *El ingenio humano*, de CHENEDOLLÉ (1769-1833), en donde se nota cierta eleva-

ción de espíritu que volverá á aparecer en Lamartine, y *La Tabla redonda*, de CREUZÉ DE LESSER (1771-1839), obra que preludia le edad media del romanticismo y de la que volveremos á ocuparnos más adelante. Algunos cortos poemas han bastado para salvar del olvido á PARNY (1753-1814), el rival de Bertin; LEGOUVÉ (1764-1812), *Lo que valen las mujeres*; MICHAUD (1767-1839), *La primavera de un proscrito* (1); SOUMET (1788-1845), *La cenicienta*, laureada por la Academia en 1814; FONTANES (1757-1821), *El pecador* y *El busto de Venus*, y principalmente MILLEVOYE (1782-1816), cuya *Caida de las hojas* pareció la elegía más perfecta que hasta entonces había producido la literatura francesa; juicio que realmente admira al recordar las elegías de ANDRÉS CHÉNIER. Este distinguido escritor, que marca una época en la historia de la poesía francesa, y que contribuyó más que ningún otro á la transformación de la forma y de los asuntos, no era conocido entonces más que por su vida política, pudiéndose presentar el cuadro completo de la historia del movimiento literario de principios del siglo sin tener que citar siquiera su nombre. A excepción de dos composiciones de actualidad, sus poesías no se publicaron, y aun de una manera sumamente incompleta, hasta 1819. Prefirióse buscar nuevas inspiraciones en los nebulosos poemas de Ossian, que la predilección de Bonaparte hacia ellos puso de moda. Se tradujo Ossian en prosa y en verso, se sacaron de él argumentos para el teatro, como el *Oscar*, de Arnault, óperas como el *Uthal*, de Méhul, y *Los Bardos*, de Lesueur; motivos de composición pictórica y de dibujo, como el *Ossian* de Ingres, de Gérard y de Belloc, y el *Fingal* de Girodet. Se mezclaron las nieblas de Escocia con las inspiraciones melancólicas de la joven Alemania. Pocos grabados han alcanzado tanta circulación como *Carlota en la tumba de Werther con un ejemplar de Ossian en sus manos*, y este motivo lo fué también de una novela de Andrieux (2).

(1) José Francisco Michaud es más conocido como historiador, ya citado anteriormente. Su hermano Luis Gabriel, llamado MICHAUD EL JOVEN (1772-1858), comenzó en 1812 la publicación de la *Biografía Universal*.

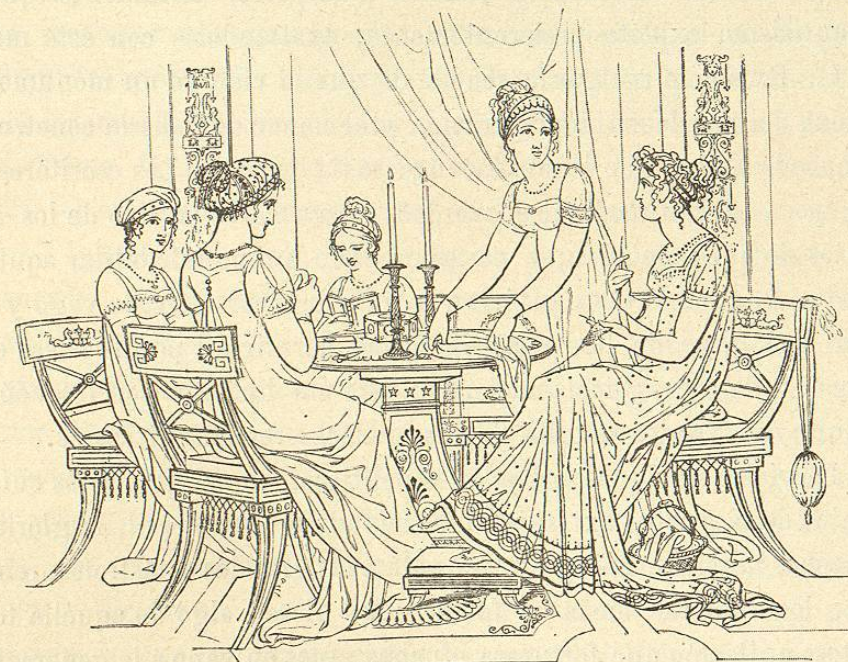
(2) Respecto á la impresión que de momento produjeron en Francia *Las desgracias del joven Werther*, véase el juicio de Laharpe en la continuación de su curso de literatura. —Casimiro Delavigne, después de haberse dado á conocer con una oda al nacimiento del rey de Roma, se distinguió ya antes de 1815 en algunos concursos académicos, y Lamartine había escrito ya su *Despedida al colegio de Belley*.

Las obras de imaginación, en prosa, no ofrecen nada de notable, á excepción de las de Chateaubriand y Madama de Staël. Y no es, sin embargo, por falta de obras, que son bastante numerosas, desde la alegre novela hasta el grosero sainete de PIGAULT-LEBRUN (1753-1835) y de sus imitadores, entre los cuales deben citarse el ilustre general Lasalle, y hasta las obras sentimentales de MADAMA DE GENLIS (1746-1830) (*La duquesa de la Vallière, La señorita Clermont, etc.*) y de MADAMA COTTIN (1770-1807), cuyas narraciones, bañadas en llanto, popularizaron los nombres de *Amelia de Mansfeld, Isabel* (en sus *Desterrados de Siberia*) y, principalmente, la tierna y virtuosa *Matilde*, infortunada amante del valiente y generoso Malek-Adel. El género terrorífico, iniciado en Inglaterra por Ana Radcliffe, compartía con Pigault-Lebrun el favor del público; no se cansaba de leer las obras de DUCRAY-DUMINIL (1761-1819) y de sus émulos, cuyos títulos son tan llamativos como: *Victor ó el niño de la selva, Celina ó el hijo del misterio, La peña del diablo, etc.* Sin embargo, todas estas largas y complicadas historias han caído justamente en olvido. La posteridad se ha mostrado más benévola para con otras obras más delicadas y más cortas. *Eugenio de Rothelin* (1808), de MADAMA DE FLAHAUT, después baronesa de Souza (1761-1836); *La dote de Suzette*, de FIEVÉE (1767-1839); *Valeria*, obra en que MADAMA DE KRUDENER (1766-1824) refirió su propia vida. Debemos reservar un sitio aparte á dos autores, de los que el uno, erudito á la par que poeta gramático y publicista, bibliófilo, novelista y hasta escritor científico, puede considerarse como el tipo acabado del hombre de letras, mientras que el otro sólo dedicó á la literatura los momentos libres que le dejaban sus funciones de oficial del ejército ruso. Nos referimos á Carlos Nodier y Javier de Maistre (1).

JAVIER DE MAISTRE (1764-1852) publicó en 1811, más de quince años después de su *Viaje alrededor de mi cuarto*, una segunda novela, *Los leprosos de Aosta*, que demostró su variado talento. Bastaron las cortas páginas de esta obra para hacer de Maistre el novelista más leído de principios del siglo.

(1) Javier de Maistre llegó hasta el grado de general, fué también distinguido paisajista y alcanzó justa fama por sus estudios químicos, especialmente sobre la oxidación del oro.

CARLOS NODIER (1781-1844), que empezaba entonces, publicó, en 1802, su primera novela, *Stella ó los Proscriptos*. Al año siguiente su *Pintor de Salzburgo, diario de las emociones de un corazón doliente*, que rivalizaba con *Renato*. La melancolía y el pesimismo no habían esperado los brillantes triunfos de Chateaubriand para apoderarse de los espíritus y producir obras literarias. En 1799, SENANCOUR (1770-1846) publicó sus *Meditaciones sobre la naturaleza humana*, y su no-



La ocupación de la tarde

vela *Obermann*, editada en 1804, estaba ya terminada al aparecer *Renato*. Tampoco pudo Chateaubriand ejercer acción sensible sobre GRAINVILLE, autor de una de las obras más desesperadas de la primera mitad del siglo XIX, que, sin embargo, ha inspirado numerosas obras de este género; tal es el poema en prosa *El último hombre*, que no llegó á terminarse por el suicidio de su autor en 1805, en cuyo mismo año se publicó. Un pesimismo más tranquilo y más engañoso, tal vez á despecho de las apariencias, se encuentra hasta en las novelas de MADAMA CHARRIERE (1746-1806).

Carlos Nodier fué contado más adelante entre los románticos, y en gran parte, á causa de sus obras anteriores á 1815. En efecto, en